

## PRÓLOGO

### María Rosa Lojo

Este número monográfico reúne los resultados de un proyecto conjunto llevado a cabo bajo mi coordinación, entre 2013 y 2015, por investigadoras de la Universidad de Milán (Italia), y por investigadoras del CONICET-Universidad de Buenos Aires y de la Universidad del Salvador, en la Argentina.

Aunque, dentro del campo literario, los estudios migratorios y los estudios comparatísticos entre ambas naciones y culturas han florecido a uno y otro lado del Atlántico, siempre es posible no solo seguir aportando al estudio de obras y nombres ya transitados, sino introducir nuevos autores y enfocar, desde el punto de vista del diálogo ítalo-argentino, figuras que habían sido vinculadas de manera preferente o exclusiva a otros paradigmas culturales.

También este proyecto se propone como contribución a los estudios de género, ya que se trata, en todos los casos, de mujeres: escritoras y artistas de los siglos XIX y XX, de sendas nacionalidades.

El eje de las *viajeras* es el que concentra el mayor número de artículos, y también el que depara el mayor número de sorpresas, particularmente, en lo que hace a las escritoras: Eduarda Mansilla, Victoria Ocampo, Sara Gallardo, todas ellas pertenecientes a las familias más tradicionales, instaladas en el país desde la época de los conquistadores o al menos, desde la época colonial, aunque no necesariamente esos nombres ilustres fueran solo de cuño hispano-criollo. No está de más recordar que el mismísimo Bartolomé Mitre, fundador del diario *La Nación* y Presidente de la Argentina, de quien era tataranieta Sara Gallardo, acreditaba lejanos orígenes napolitanos<sup>1</sup>. Pero, ciertamente, el meridiano cultural de la llamada Generación del 37, constructora y gestora del proyecto nacional triunfante luego de la caída de Juan Manuel de Rosas, no pasaba por España y menos aún por Italia, sino por Francia (Lojo, 2011). Hay matices diferenciadores, no obstante, en esta voluntaria y predominante afiliación; las obras de estas escritoras muestran algunos de ellos, insospechados o poco atendidos, en los que se detienen los presentes ensayos.

---

1. En la biografía de Miguel Ángel Di Marco (1998, p. 16), se fortalece esta hipótesis. El primero del linaje llegado a las Indias, fue el soldado Demetrio Bentura, también conocido como «Ventura di Metre, Bentura di Metre, Bentura di Mitre y Bentura di Míttro», que habría nacido en el Reino de Nápoles, entonces parte de los «Reinos de España». Se sabe que arribó a Buenos Aires en 1690.

Eduarda Mansilla (1834-1892) y Victoria Ocampo (1890-1979), cabales representantes de la llamada «clase patricia», que, desde diferentes banderías políticas (federales y unitarios), cimentó en el siglo XIX las bases de la Argentina moderna, fueron también escritoras francófonas, aunque con alguna diferencia importante. Si Victoria vivió relativamente atormentada (sobre todo en sus comienzos juveniles) por complejos de género y complejos geopolíticos (Lojo 2010), Eduarda carecía de ellos. Sobrina de Juan Manuel de Rosas, descendiente de una suerte de «matriarcado criollo»<sup>2</sup> que hacía sentir todavía su autoridad, cosmopolita, pero orgullosa representante de una nación joven que se abría al mundo, utilizó el francés para hacer comprender a los europeos su país austral e incluso echarles en cara sus fragilidades y miserias. Victoria, en cambio, ya había sido educada en una clase dirigente que giraba, en lo económico, sobre la órbita británica, y en lo cultural, sobre el eje de Francia. Una élite que desdénaba sus raíces hispánicas (sin hablar de las aborígenes) y cuyas mujeres quedaron relegadas a un vigilado gineceo (Gálvez, 2001; Mansilla, E., 2007), que las circunscribía al ámbito doméstico, donde solían recibir una instrucción exquisita, según los modelos anglo-franceses dominantes, pero se las apartaba de la arena política, la vida profesional, la opinión y la exposición públicas.

Victoria, pues, se vio compelida a utilizar tardíamente el castellano como lengua literaria y solo luego de un largo proceso de maduración se fortaleció lo suficiente como para asumir y defender su «diferencia» femenina y sudamericana (Lojo, 2013).

Cabe señalar, no obstante, que también Italia está presente como un paradigma cultural excelso en la obra de ambas, y en particular, en aquellos textos liminares que las lanzan a la escena literaria. Dos artículos de este monográfico se le dedican, en primer lugar, a Mansilla, viajera y nómada (al decir de Bonnie Frederick, 1994<sup>3</sup>) que inició el derrotero continuado por otras mujeres argentinas en la literatura y en las artes.

«*Lucía Miranda* (1860) de Eduarda Mansilla y sus genealogías italianas» (María Rosa Lojo) indaga en la presencia de Nápoles (como ciudad real, escenario de parte de la narración, y como quintaesencia simbólica del arte itálico) en la primera novela escrita por la autora, fundante en tantos sentidos, que retoma este «mito de origen» proto-nacional inaugurado por el cronista Ruy Díaz de Guzmán (1612) y reelaborado en la literatura de varios siglos. ¿Por qué Italia y por qué Nápoles?, cabe preguntarse;

2. «...al cortarse los lazos que unían al Río de la Plata con la metrópoli, los clanes familiares ocuparon el sitio que dejaba libre el monarca y sus altos funcionarios, y [...] dentro del nuevo esquema de poder había un espacio importante para las mujeres. Ese lugar derivaba, además, del que tuvieron las mujeres españolas de linaje en las sociedades provenientes de la Conquista» (Sáenz Quesada, 2012, p. 14).

3. Eduarda no solo viajó, sino que fue «nómada». Migró de continente en continente, estableciendo en cada destino hogares transitorios, como «diplomática consorte». Y fue trasladando a cada uno el menaje de una casa y seis hijos. Su mirada, por lo tanto, excede los alcances de una turista.

ninguna otra obra de esta larga cadena de versiones que nos remonta a los orígenes de la Argentina establece una conexión semejante. Dos nombres clave, empero, parecen ofrecernos explicaciones verosímiles: el gran escritor Alessandro Manzoni (reconocido por la escritora como su inspirador y «padre literario») y el erudito napolitano don Pedro de Angelis (primer editor de la crónica de Guzmán, y, en tanto funcionario de Juan Manuel de Rosas, tío de Mansilla, parte de su entorno relacional desde su primera infancia).

Por su parte, Marina Guidotti, compiladora, por primera vez, de los *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* de Mansilla, y autora de su edición crítica, espiga y analiza aquellos artículos directamente relacionados con su admiración por las letras y, en particular, por la música de Italia («La impronta italiana en las crónicas periodísticas de Eduarda Mansilla»). Artista integral, Eduarda también fue una compositora pionera, y una intérprete destacada de canto lírico, que no solo escribió para la prensa sagaces críticas musicales, sino que además dejó invalorable testimonios de su trato personal con grandes figuras de la composición y el *bel canto*, desde el célebre Giacomo Rossini a la contralto Marietta Alboni.

Victoria Ocampo, como señala Claudia Pelossi («Victoria Ocampo: una dama del mar *sulle sponde italiane*»), comienza su carrera literaria con un ensayo sobre Dante: *De Francesca a Beatrice* (1924), que representa para ella mucho más que un ejercicio intelectual. En los amantes adúlteros, Paolo y Francesca, ve proyectado su propio romance prohibido con Julián Martínez, primo de su marido. Retoma este vínculo en el tomo III de su *Autobiografía*, donde el prestigio literario del Dante y de las heroínas del *Dolce stil novo* le permite iluminar con una luz ennoblecadora y embellecedora su propia vida. La relación de Ocampo con Italia será constante a lo largo de su existencia, desde un primer viaje en la infancia (1896) junto a su familia. Otros viajes, en diversas oportunidades, la acercaron de manera particular a esta tierra donde tendría experiencias fundamentales. En Roma (1913) conoció a Martínez, el futuro gran amor de su vida, y allí entrevistaría nada menos que al *Duce*. A pesar de que nunca comulgó con el ideario fascista, le abriría generosamente las puertas de la revista *Sur* a la exiliada Margherita Sarfatti, notable intelectual judeo-italiana, ex amante de Mussolini, que había quedado en una posición por demás controvertida luego de la derrota del Eje. En 1953, un número completo de *Sur*, de más de ochocientas páginas, se dedicó a las Letras de Italia en la posguerra. También su cine neorrealista fue apreciado y difundido por esta mecenas y escritora, mucho más comprometida con la cultura italiana de lo que habitualmente se cree.

Dolores (Lola) Mora (1867-1936), primera escultora argentina, descendiente de catalanes y criollos, le debió a Italia (donde vivió durante dieciocho años) tanto su formación como su proyección internacional. Miembro de la alta sociedad del interior

(era oriunda de Tucumán), contó con el aval de su comprovinciano Julio Argentino Roca, por dos veces Presidente de la República, que impulsó su crecimiento profesional con becas y encargos institucionales. La historiadora del arte Patricia Corsani («Lola Mora y Roma: acerca de maestros, proyectos y visitas reales») examina su largo (y poco estudiado) período en Italia, donde halló un ámbito privilegiado de trabajo y de reconocimiento, a tal punto que las Reinas Elena y Margherita de Saboya fueron a visitarla a su estudio. No ocurrió lo mismo en la época de su retorno definitivo a la Argentina (motivado por el estallido de la Gran Guerra y por su separación matrimonial). Ya unos años antes, en nuestro país, su estrella había comenzado a declinar, paradójicamente al mismo tiempo que culminaba su ascenso en la Península Itálica. Su femineidad transgresora, los prejuicios que imperaban, los cambios políticos que le restaron apoyos, se conjugaron para apartarla del centro de la escena: «1906 se constituye en un momento de inflexión, en tanto en Roma las reinas la visitaban, y las fotos del elegante encuentro se sucedían en las páginas de las revistas, en su país se profundizaban los conflictos en relación a su producción», apunta Corsani.

Con Sara Gallardo (1931-1988) dejamos la serie de escritoras y artistas nacidas en el siglo XIX para ubicarnos, ya íntegramente, en el siglo XX. Al igual que Mora, Gallardo reside en Roma durante una época de su vida, entre 1982 y 1988. Como corresponsal del diario fundado por su tatarabuelo, envía a la Argentina una serie de «crónicas urbanas» que María Laura Pérez Gras estudia desde una perspectiva imagológica («Una peregrina sin meca, en Roma. Sara Gallardo y su selección de crónicas romanas»). Como bien señala Pérez Gras, Gallardo le asignó a su obra como cronista no menor importancia que a la de ficción, y ciertamente no es menos reveladora. La identidad personal y la identidad colectiva (así como la identidad de género y la geopolítica) se ponen en juego en un cruce de miradas donde el Yo emerge desde su diferencia y/o afinidad con el Otro. La ironía (e incluso la irreverencia) propician una visión no convencional de la Ciudad Eterna.

Mansilla, Mora, Ocampo, Gallardo, *vía*jan por la literatura y la geografía desde una posición en la sociedad que les ha permitido usufructuar un capital monetario y simbólico. No siempre el capital pecuniario es propio o es sobreabundante, pero sí les resulta disponible como apoyatura para desplegar sus talentos. En todos los casos se trata, también, de mujeres educadas a las que les es accesible el conocimiento de la alta cultura italiana, y que por diversos motivos se trasladan de manera temporal a la Península.

Muy distinto es el horizonte de las *emigrantes*. Con ellas abandonamos el «mirador de clase» desde el que inevitablemente hablan las viajeras argentinas e ingresamos en una zona de incertidumbre y desamparo. El traslado se hace ahora desde Italia, impulsado por la pauperización y la guerra, e implica la separación desgarradora y a menudo

permanente de la tierra natal. Como apunta Fernanda Bravo Herrera, estamos ante los héroes (y heroínas) de «una épica deshilachada y pobre» que deben superar las más duras pruebas para sobrevivir y (re)construir su identidad. En su trabajo «Espacios autobiográficos y de la memoria en Syria Poletti», la especialista aborda sus diferentes modalidades de representación en la obra para adultos de Poletti (Italia, 1917-Buenos Aires, 1991), una «extraterritorial» descentrada con respecto a los dos países: su *locus* de nacimiento, y su patria de adopción. El texto de Bravo Herrera llena un vacío en la crítica argentina actual, que olvidó a la autora en las últimas décadas, pese a haber optado Poletti por el castellano como lengua literaria, y a los reconocimientos obtenidos en el Plata durante su vida. Su compleja narrativa autoficcional, dice Bravo Herrera, se plantea, desde la condición femenina (sujeto activo y víctima, voz e intérprete) «como un posible «archivo» de una comunidad, una memoria apócrifa, su signo y su clave entre la historia y el mito, ya no desde el poder sino desde la miseria».

Por su parte, Emilia Perassi («Migrar: la “libertad de los pobres”. La escritora sarda Mariangela Sedda») traza un completo mapa de la narrativa italiana de la emigración escrita a partir de los años 90 del siglo XX y se detiene en las obras de Sedda: *Oltremare* (2004) y *Vincendo l'ombra* (2009), especialmente representativas de la región de Cerdeña. Ya no tenemos aquí a una escritora emigrante ella misma, como Poletti, sino a una autora contemporánea, de la generación intermedia, que escribe sobre una experiencia indirecta, pero que ha modificado profundamente la vida y el imaginario de su comunidad insular. La singularidad de Sedda, señala Perassi, consiste, sobre todo, en la novedosa incorporación de otra perspectiva: no ya solo la de los que se van, sino la de los que se quedan. En particular: *las* que se quedan, como se desarrolla en el diálogo epistolar de dos hermanas: la que emigra a la Argentina ubérrima y promisorio a principios del siglo XX y la que, impedida por una enfermedad, permanece en Cerdeña.

Laura Scarabelli («*El mar que nos trajo* de Griselda Gambaro: una lectura transgeneracional») se concentra en esta novela paradigmática de Gambaro (Buenos Aires, 1928), reconocida escritora argentina descendiente de italianos, que asume una intrincada historia migratoria iniciada a fines del siglo XIX y representativa de muchas: la «doble familia», a uno y otro lado del océano, que deja por ambas partes traumas, pérdidas y huellas. Solo mediante un «giro transgeneracional», impreso por los hermanos separados (hermana y hermano) que se reconocen en el mismo padre, se llega a una instancia de reparación simbólica y síntesis de las memorias, reintegradas, con un sesgo autoficcional, en la escritura de la nieta de Agostino, el *paterfamilias* que funda el doble linaje transoceánico.

Anudando, en círculo, los relatos de las *viajeras* y las *emigrantes*, podríamos apuntar que la historia de la «proto-inmigrante» Lucía Miranda narrada por la escritora pionera Eduarda Mansilla se enlaza, en más de un punto, con la de estos últimos fundadores y

fundadoras que reescriben el relato de la patria. Lo que cuenta, en definitiva, la novela de Mansilla, no es la épica gloriosa de la Conquista sino la de las pruebas, el desgarramiento y también la del mestizaje cultural perdurable que sobrepassará la tragedia y la muerte de la heroína, y que será, de algún modo, su legado. Tarde o temprano, la intemperie se convertirá en refugio, tanto para los descendientes de Alejo (español) y Anté (ahijada guaraní de Lucía), como para los de Agostino y Luisa (italianos ambos). Después de la catástrofe y del duelo, la llanura abre para sus descendencias un espacio, no solo de libertad, sino de protección: «¿A dónde irán? ¿dónde hallarán un abrigo para su amor?. ¡La Pampa entera les brinda su inmensidad!» (Mansilla, E. 2007, p. 359).

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De Marco, M. A. (1998). *Bartolomé Mitre. Biografía*. Buenos Aires: Planeta.
- Frederick, B. (1994). El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla. En L. Fletcher (Ed.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX* (pp. 246-252). Buenos Aires: Feminaria.
- Gálvez, L. (2001). *Las mujeres y la patria*. Buenos Aires: Norma.
- Lojo, M. R. (2010). Género, nación y cosmopolitismo en Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo. *Alba de América*, 29 (55-56), 137-149.
- Lojo, M. R. (2011). Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del 37 a Ricardo Rojas. *Literatura de la emancipación y la formación de las nacionalidades: la idea de España* [número especial]. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, (40), 91-108.
- Lojo, M. R. (2013). Victoria Ocampo ante el malentendido y los desafíos de la traducción cultural. *Anuario Brasileño de Estudios Hispánicos*, (22), 44-54.
- Mansilla, E., (2007). *Lucía Miranda (1860)*. Edición, introducción y notas de Lojo, M. R. & equipo. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert. Colección teci.
- Sáenz Quesada, M. (2012). *Mujeres de Rosas*. Buenos Aires: Sudamericana.